Sistemas Sobre Política

TEMAS DE ULTRAMAR

Apuntes sobre dos Victorias

El martes, 3 de noviembre, triunfan simultáneamente en los Estados Unidos y Puerto Rico, dos partidos de orientación progesista, con claras afinidades en sus programas políticos y sus objetivos de gobierno. Ambos son atacados, durante la campaña, por fuerzas de extrama derecha y extrema izquierda y por rencorosas disidencias. Ambos se enfrentan a una prensa hostil que desfigura el sentir del pueblo y crea una falsa atmosfera respecto a las verdaderas condiciones de la lucha.

La pujanza y unidad del partido mayoritario en Puerto Rico eran tan manifiestas que solo sus más encarnizados enemigos pretendían restarle posibilidades de triunfo. No sucedía así con el partido demócrata en los Estados Unidos. Difícil resulta llevar al ánimo del lector puertorriqueño el panorama que presentaba, según la radio, la prensa y las encuestas, el gran partido de Roosevelt en los días anteriores a la elección. Sus líderes, con la excepción del Presidente Truman, y de un puñado de fieles seguidores, daban una casi total sensación de terrotismo y de falta de fé. Corrian rumores de cómo importantes figuras en el Gabinete se aprestaban a abandonar el barco, ya en franco naufragio. Estas figuras brillaban por su ausencia en los mítines de la campaña y no aventuraban vaticinios sobre los resultados electorales. Jamás se había visto a un Presidente luchar tan solo, tan completamente abandonado por casi toda su familia oficial.

Pero en los últimos días se produce un fenómeno curioso, que hoy resulta de honda significación especialmente para nosotros. Lo notamos particularmente en el mitin celebrado en el Madison Square

Garden. Al lado del presidente están en esa ocasión, importantes líderes obreros y viejas figuras del Nuevo Trato como Harold Ickes. El liberalismo norteamericano cae resueltamente del lado de Truman y en vísperas de la pugna eleccionaria resulta ser el elemento más activo, el de más inquebrantable fé en sus principios, el más resuelto, en suma a perpetuar la herencia del gran campeón fenecido. Nadie cree en la victoria en esos momentos. Se sabe que los jefes de la campaña reclamarán naturalmente el triunfo. Esto es parte del formulismo electoral. Toda la prensa, aún la liberal, acepta de antemano el veredicto del Dr. Gallup, de Roper y una legión de peritos en encuestas que sólo aguardan a que el pueblo ratifique mecánicamente sus precisos vaticinios.

El único señor que no lo acepta es el que ha recorrido los Estados Unidos por sus cuatro esquinas, apabullando a un congreso conservador con frases e ideas de una filosofía social que el Cuarto Poder había sepultado sin mayores miramientos. Este es el único señor que entre todos los personajes de la política nacional se va tranquilamente a dormir el día 2 de noviembre a las diez de la noche, no sin antes augurar su triunfo y anunciar que los resultados no se sabrán hasta las once de la mañana del día siguiente. Y sólo se equivocó en la hora. Pues no fué a las once, sino a las once y cuarto que Thomas E. Dewey, el hombre máquina, de la altisonante retórica, aceptó por fin lo inevitable. Y todos los que nos habíamos pasado la noche en claro, sofrenando esperanzas con un escepticismo engendrado por columnistas, locutores y encuentas, tuvimos que aceptar también a esa hora nuestro craso error.

Aquí ha ganado un hombre sencillo, sin dotes de extraordinario estadista, pero de un aguerrido corazón; un hombre, en suma, que cree en el pueblo y en la democracia. Pero ha ganado sobre todo, el espíritu liberal, la filosofía social del Nuevo Trato, la orientación progresista de la gran coalición de fuerzas que creó el genio de Roosevelt. Y ha ganado pese a la defección de los retrógradas del Sur y de los ilusos de Wallace. Ha ganado contra la prensa, contra sus propios lpideres y hasta contra las estadísticas complacientesde un grupo de señores que al barajar complicadas técnicas olvidaron, según parece, la ecuación humana.

Este liberalismo es ya un liberalismo maduro, de gentes de experiencia como un Chester Bowles, como un Ickes, que tienen sus pies bien en firmes sobre la tierra. Es un liberalismo curtido en luchas, más reflexivo, menos ingenuo, de mayor equilibrio emocional que el de la primera época de Roosevelt. Coincide en esa justa medida con la filosofía social y política que hoy simboliza en Puerto Rico don Luis Muñoz María.

Esta vonincidencia se da en las circunstancias más favorables para la isla que registra nuestra historia reciente. Del 1933 al 1940, nuestra situación política interior condenaba al fracaso todo intento de reorganizar nuestra economía social. Del 1940 al 1948, las exigencias guerreras primero y la actitud conservadora del Congreso Nacional después, impedían los frutos positivos de una acción conjunta eficaz. Puerto Rico tuvo entonces que realizar un magno esfuerzo con sus propios recursos; y nos faltó apoyo federal para resolver nuestros apremiantes problemas de viviendas, de eliminación de arrabales, de educación y salud públicas, entre otros. Ahora coinciden plenamente los esfuerzos progresistas de allá y de

acá; ahora hay, aún en medio de esta azarosa guerra fria, más energias disponibles para la reconstrucción social. Ahora tendremos oidos más atentos en Washington y una afinidad mayor con las gentes que pueden y deben ayudarnos a robustecer en la isla un régimen social, político y económico, fundado en una vigilante y activa democracia. Este es, por tanto, un señero momento en nuestra historia que nos llena de júbilo y de un hondo sentido de responsabilidad.

ARTURO MORALES CARRION